

del Cristianismo. Si quisiéramos definirla de breve y exacta manera, cabría decir con mayor razón que es el Cristianismo llevado á sus últimas consecuencias.

Siendo así, claro es que debe encerrar las bases fundamentales de la vida cristiana en su desenvolvimiento y en su armonía más completos, el empleo de la gracia, la aplicación de los medios para obtenerla, la fidelidad más firme del pensamiento y de la voluntad á los fundamentos del edificio entero, á la fe y á la obediencia, al ejercicio de la libertad y á la práctica de la delicadeza de conciencia, todo ello llevado hasta el mayor heroísmo.

9. La mística cristiana contenida en el mismo Cristo.—Pues bien, la apropiación del socorro divino, la sumisión á los mandamientos y la libertad en la actividad, la fe, la caridad, la fidelidad á la conciencia, no tienen más que un solo punto de partida y un solo término, el Salvador Jesucristo, por quien todas las cosas existen y por quien somos nosotros. ⁽¹⁾

«Pues nadie puede echar otro fundamento que aquel que ya está puesto, á saber, Jesucristo». ⁽²⁾

Por grande que sea un espíritu, y por elevado que sea el fin á que aspira, no le es dado hallar nada más elevado que Jesucristo, «en quien se hallan guardados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia». ⁽³⁾ Y si fuere arrebatado con San Pablo hasta el tercer cielo, obligado estaría á decir con él: «No he juzgado saber entre vosotros otra cosa que Jesucristo, y Jesucristo crucificado». ⁽⁴⁾

Por perfecto que un hombre sea, debe, no obstante, aspirar siempre á mayor santidad. Pero jamás encontrará para imitar á alguien que sea más perfecto que Jesucristo, el santo y el justo, ⁽⁵⁾ el santo de los santos. ⁽⁶⁾

Este santo de los santos dignóse compartir nuestras de-

- (1) I Cor., VIII, 6.
- (2) I Cor., III, 11.
- (3) Col., II, 3.
- (4) I Cor., II, 2.
- (5) Act. Ap., III, 14.
- (6) Dan., IX, 24.

bilidades, y hacerse semejante á nosotros, menos en el pecado, ⁽¹⁾ para elevarnos de la bajeza de nuestra debilidad á las alturas de su santidad. Por esta razón, nos invitó á seguirle, con esta sencillísima frase: «Conviéneme cumplir toda justicia». ⁽²⁾ Mas él anduvo ante nosotros siempre más elevado, muy por encima de la mera justicia ordinaria, de tal suerte que el Apóstol pudo decirnos: «Andad en la caridad, á ejemplo del Cristo que nos amó, y se entregó á sí mismo á Dios por nosotros, como oblación y sacrificio de grato aroma». ⁽³⁾

Por eso no se da principiante ni hombre perfecto á quien no puedan aplicarse estas palabras: «Tened los sentimientos de que Jesucristo estaba animado». ⁽⁴⁾

Jesucristo, pobremente conocido é imperfectamente imitado, he ahí lo que hace al cristiano principiante. Jesucristo, conocido é imitado en la medida de las fuerzas humanas, he ahí lo que forma al místico, al hombre perfecto, al santo.

- (1) Hebr., IV, 15.
- (2) Matth., III, 15.
- (3) Eph., V, 2.
- (4) Phil., II, 5.